



El “viaje de placer” del USS Lincoln a Tailandia: una escala marcada por el neocolonialismo estadounidense y el feminicidio. Por Benyasiri Eimviriyapong.

Posted on Septiembre 2, 2026

La llegada del USS Abraham Lincoln (CVN-72) para un “viaje de placer” a Tailandia antes de reanudar su campaña de destrucción contra los pueblos de Asia Occidental exige un cuestionamiento y una oposición inmediatos. Para nosotros, el pueblo tailandés, y para quienes se encuentran en los lugares del saqueo estadounidense en todo el mundo, esto representa un estruendo de las cadenas coloniales de la Guerra Fría de los EE. UU. sobre su perro faldero más leal, mientras se libra una guerra de agresión en Irán y el genocidio en curso en Palestina. Al permitir que el USS Lincoln ataque, las élites gobernantes tailandesas están facilitando una vez más un sistema de violencia imperial que se extiende mucho más allá de las fronteras del sudeste asiático, un sistema que, en nuestro caso, se basa en la violencia sexual y el feminicidio.

Tailandia cuenta con una larga historia como vasallo colonial de los EE. UU.; hoy en día es un “aliado

importante no miembro de la OTAN” desde 2003. Si bien Tailandia ha buscado equilibrar sus relaciones acercándose a China en los últimos años, los EE. UU. continúa invirtiendo fuertemente en mantener su influencia sobre la política y las instituciones militares tailandesas, al considerar al reino como estratégicamente vital. La visita del USS Lincoln constituye, por lo tanto, una confirmación del mantenimiento continuo de esta alianza: un recordatorio vergonzoso de la tendencia servil de los gobernantes del Reino de Tailandia ante las ambiciones militares estadounidenses. Esta es una tendencia que no comparte el pueblo tailandés, en particular las mujeres del país, quienes han sido las que más han sufrido la violencia de los Estados Unidos a lo largo de esta relación.

Se trata de la continuación de una larga historia de violencia imperial, en la que los cuerpos de las mujeres han servido como moneda de cambio en las relaciones de Tailandia con Occidente. El USS Lincoln llegará al puerto de la costa este de Tailandia, que se estableció como el principal punto de apoyo estadounidense y lugar de *descanso y relajación* para su ofensiva contra Vietnam entre los años 60 y 70. Hoy en día, la ciudad de Pattaya es tal vez el mayor centro de *turismo sexual*, de violación imperial, del mundo, gracias exclusivamente a su historia de acogida a los soldados estadounidenses. La maquinaria bélica se amarra al legado estructural del neocolonialismo estadounidense, un legado de saqueo que convirtió a Tailandia en un lugar de explotación sexual, y un legado de feminicidio, donde el Estado y el capital trabajan codo a codo para convertir sistemáticamente las vidas de las mujeres en prescindibles en nombre de las ganancias y la hegemonía geopolítica de los Estados Unidos.

El mito de la soberanía de Tailandia

Las historias oficiales tailandesas celebran al reino como una de las pocas naciones del sudeste asiático que ha logrado escapar de las garras de la colonización europea, gracias a la perspicacia diplomática de nuestros *brillantes* monarcas. Sin embargo, esta narrativa oculta la realidad del pueblo. Como reconocieron los primeros historiadores marxistas tailandeses, Tailandia era un “Estado semicolonial”, a partir del Tratado de Bowring de 1855, que otorgó extraterritorialidad a los súbditos británicos y puso el comercio en manos coloniales de manera monopolística. El tratado, firmado bajo la diplomacia de las cañoneras – similar a los tratados desiguales con China –, convirtió a Siam en un estado tapón de facto entre los intereses coloniales británicos y franceses, lo que lo hizo soberano solo de nombre.

“Tailandia es el estado número 51 de EE. UU.”

La salida de las potencias europeas no trajo consigo una independencia genuina, sino que sustituyó a un amo por otro. Tras la Segunda Guerra Mundial, los Estados Unidos asumió el papel de patrocinador imperial, considerando a Tailandia como un baluarte esencial contra la “agresión comunista” en el sudeste asiático. A partir de 1950, sucesivas dictaduras militares fascistas tailandesas – comenzando con el golpe de Estado de Sarit Thanarat en 1957, orquestado con el apoyo de los Estados Unidos – se sometieron a las órdenes de Washington. Los Estados Unidos inyectó más de 1.5 mil millones de dólares en *ayuda* militar y

económica al país, arraigando un sistema de dependencia de los intereses estadounidenses dentro de las fuerzas armadas tailandesas, mientras que Tailandia albergó siete bases de la Fuerza Aérea de los EE. UU. y cientos de miles de soldados – principalmente para *descanso y relajación* – durante la guerra de agresión estadounidense en Vietnam.

En realidad, Tailandia fue colonizada no mediante una ocupación territorial directa, sino a través de la dominación económica, la presencia militar y la sumisión política – mediante una compleja red de mecanismos geopolíticos financieros. Como lo expresó la Tricontinental ya en 1969: “Sin lugar a dudas, Tailandia es uno de los países más fieles a la hora de cumplir las órdenes de Washington”. Por lo tanto, no cabe duda de que el mariscal Kittikachorn (Thanon) fue completamente sincero cuando afirmó que los Estados Unidos podría considerar a Tailandia como el estado número 51”.

El complejo industrial de la prostitución del ejército estadounidense

La guerra de agresión en Vietnam ha transformado a Tailandia en el principal centro de descanso y recreación (R & R) del ejército estadounidense. Los soldados de permiso, tras haber asesinado a personas vietnamitas y haber sumido al país en el agente naranja, eran trasladados en avión a bases tailandesas donde la violencia patriarcal y el feminicidio se institucionalizaron como recompensa y como necesidad. El estado militar de Sarit, por ejemplo, impulsó activamente esto como una cuestión de política nacional. En 1959, incluso antes de los grandes refuerzos de tropas, un grupo de 500 soldados estadounidenses fue trasladado desde su base en Nakhon Ratchasima hasta – lo que entonces era – el pequeño pueblo pesquero de Pattaya, en Chonburi; un viaje facilitado por las autoridades locales que, de hecho, designó al pueblo como un sitio específico para su descanso y recreación (R & R). Esto se formalizó en 1964, cuando los gobiernos de Tailandia y los Estados Unidos firmaron un acuerdo oficial para proporcionar instalaciones de descanso y recreación a los soldados estadounidenses, un pacto que transformó a Pattaya y otras zonas en extensos complejos de “*entretenimiento*”. Entre 1964 y 1976, llegaron aproximadamente 700.000 soldados extranjeros al año para estancias de una semana durante la ofensiva estadounidense en Indochina.

Los cuerpos de las mujeres tailandesas se convirtieron en recursos nacionales, explotados para atraer divisas extranjeras e impulsar el desarrollo económico. Cynthia Enloe escribe en *Bananas, Beaches and Bases* (1990) que esta es la lógica del imperialismo, el capitalismo y el patriarcado: el cuerpo femenino se convierte en un instrumento para la acumulación de capital, y el Estado facilita esta extracción. La industria del sexo en Tailandia constituye un sistema público e institucionalizado de explotación, legitimado por el Estado e impulsado por la demanda internacional – en particular la de los Estados Unidos – de un suministro constante de mano de obra femenina. Tanto el trabajo no remunerado (reproductivo), como el de las limpiadoras, cocineras, empleadas domésticas, etc., como el trabajo sexual hiperexplotador.

Hoy en día, la ciudad de Pattaya se ha transformado en zonas permanentes de comercio sexual, al servicio del turismo sexual internacional para hombres más allá del personal militar. Desde una perspectiva económica: los soldados estadounidenses crearon una demanda que incentivó a los “*empresarios*” del sexo (proxenetas y traficantes) a “profesionalizar” sus actividades. Tras el desalojo de la base militar estadounidense en Chonburi en 1975, gracias a la valiente labor de organizadores militantes de izquierda – estudiantes, campesinos y la clase trabajadora de Tailandia –, estos distritos conservaron la infraestructura y la reputación que atraían a los turistas sexuales, perpetuando así un círculo vicioso. Toda la zona que rodea las antiguas bases cuenta ahora con hoteles de lujo frente al mar, todos dirigidos a extranjeros, y, como vemos en el caso del USS Lincoln, aún albergan a militares imperialistas occidentales, como un lugar para *explotar* a nuestras mujeres.

Colaboradores de clase como el alcalde de Pattaya, Poramet Ngampichet, afirmaron que la ciudad está lista para recibir al personal militar estadounidense que busca descansar y pasar tiempo en esta ciudad turística tras su prolongado despliegue de agresión.

En todo el sudeste asiático, la fluctuación de la violencia sexual fue de la mano con la presencia militar estadounidense. Siempre fue una industria orquestada de cadenas de suministro sexual que satisfacían la demanda militar. Al final, son las mujeres quienes soportan el impacto más crudo de esta violencia imperial y patriarcal. Las mismas condiciones que permitieron que redes como la de Epstein operaran – la vulnerabilidad de las víctimas, la complicidad de las estructuras de poder y la mercantilización de los cuerpos de las mujeres – se reflejan en las condiciones estructurales que han convertido a Tailandia en un destino mundial para la explotación sexual.

Feminicidio: el resultado definitivo de la violencia de género estructural

El feminicidio va más allá de los actos individuales de asesinato para abarcar todas las condiciones estructurales que hacen que las vidas de las mujeres sean desechables, disminuyen sus oportunidades en la vida y las someten a violencia sistémica. El sistema en el que las mujeres se ven sistemáticamente arrastradas al trabajo sexual debido a la infraestructura existente y a la pobreza, en el que el Estado facilita y se beneficia de nuestra explotación, en el que la presencia militar estadounidense creó la demanda y en el que el turismo occidental perpetúa la oferta: esto es feminicidio. Es el sacrificio sistemático de la integridad física y psicológica de las mujeres, de nuestra autonomía y de nuestras propias vidas, con fines imperialistas.

Las mujeres de Tailandia están siendo explotadas, no solo para generar ganancias del turismo sexual, sino también para sostener la alianza geopolítica que convierte a Tailandia en un escenario para las guerras imperiales. La estabilidad política que los Estados Unidos busca mantener en Tailandia depende, en parte, de las condiciones económicas que siguen atrincherando a las mujeres en la explotación sexual. Estos sistemas de mantenimiento político incluyen escuadrones de la muerte anticomunistas, el mantenimiento

de vínculos militares dependientes, la prohibición de la soberanía económica y la garantía de un liderazgo firmemente anticomunista. Mientras las economías dependientes del turismo requieran el flujo continuo de consumidores patriarcales extranjeros, y mientras el Estado priorice la acumulación de capital por encima del derecho a la vida de las mujeres, las mujeres tailandesas seguirán soportando el costo humano de la alianza entre los Estados Unidos y Tailandia.

La cultura persistente de la hipersexualización

En las redes sociales, la llegada de 5.000 soldados estadounidenses a Tailandia se está tratando como un remate cómico para los estadounidenses. Esto revela cuán profundamente se han normalizado en la conciencia masculina la hipersexualización de las mujeres tailandesas y la explotación sistémica de nuestros cuerpos. Algunos comentarios incluyen: “Un gran día de ganancias para esas chicas, tal vez encuentren a su esposo”, “Se avecinan toneladas de galones de seme”» y “Directo a Bangkok; todos los soldados están emocionados por los ejercicios sexuales”. Estas declaraciones son la amalgama de las actitudes que dejaron los soldados estadounidenses. Estos sentimientos son descendientes directos de la cultura estadounidense que ha retratado a las mujeres asiáticas como hipersexuales y sumisas desde la época de la agresión militar de los EE. UU. en la región.

La explotación de las mujeres tailandesas se considera un entretenimiento y un resultado de la escala del buque de guerra. La existencia y la perpetuación de esta cultura revelan el sistema neocolonial que ha mercantilizado sistemáticamente a las mujeres para el placer y la ganancia del imperio.

El USS Lincoln es una continuación

La llegada del USS Lincoln a Tailandia no es más que la última manifestación de una relación forjada a través de la dominación imperial y sostenida por la explotación sistemática de las mujeres tailandesas. Los Estados Unidos creó y moldeó de manera activa y consciente la economía de la violencia sexual que ahora persiste como un rasgo permanente del sistema socioeconómico tailandés. Cuando el buque atraca, está disfrutando de los frutos de su victoria en la Guerra Fría, lo que marca la continuidad del feminicidio estructural en curso que permiten las relaciones entre Tailandia y los Estados Unidos.

Debemos ver a las mujeres de Pattaya, de Nakhon Ratchasima, de Nakhon Phanom, de Takhli, de Ubon Ratchathani, de Udon Thani y de toda Tailandia como personas atrapadas en una red opresiva de capitalismo global, legado imperial y la forma más cruda de violencia patriarcal. La solución no son las intervenciones contra la trata de personas lideradas por Occidente, que restan aún más poder a las mujeres tailandesas, sino una reforma revolucionaria de los acuerdos económicos y políticos que, en primer lugar, hicieron rentable nuestra explotación.

La visita del USS Lincoln debe ser recibida con la más enérgica oposición, desde la historia que representa

hasta el futuro que presagia. Hasta que no se dismantelen las condiciones estructurales que generan la explotación sexual, cada escala en un puerto constituye un acto de violencia contra nuestras tierras y nuestros cuerpos.

*Benyasiri Eimviriyapong es editora, traductora y columnista de Dindeng, una revista y colectivo editorial que busca descifrar los aspectos semifeudales, semicapitalistas y semicoloniales de Tailandia. Su enfoque profesional se centra en la ecología, el poder estatal y la aplicación de la política feminista revolucionaria en la vida cotidiana.

El Maipo/Globetrotter

Nota: El contenido vertido en esta columna de opinión es de exclusiva responsabilidad de sus autores, y no refleja necesariamente la línea editorial El Maipo.